



CRÓNICA de RIPOLL

por JUAN PRAT COLOMER

Los fugitivos caminos rebañegos

...Pastor, toca un aire viejo
y quejumbroso en tu flauta;
llora en estos grandes valles
de languidez y nostalgia;

«PIRINEOS»

de Juan Ramón Jiménez

Una noticia reciente en la prensa relacionada con una banda organizada de ladrones de ganado, era expresada de la siguiente manera:

«Se ha conseguido desarticular y detener a los componentes de una banda que se dedicaba a robar ganado en las montañas pirenaicas. Durante la época veraniega en que se trasladan los rebaños a la zona montañosa entre La Molina y Puigcerdá, en busca de pastos, se producían misteriosas desapariciones, que al principio se achacaron a muertes por enfermedad, extravíos, etc., por lo que no se pensó en cursar denuncias concretas por sus respectivos dueños. No obstante al comprobarse que estas desapariciones se producían en casi todos los rebaños, se sospechó que se trataba de unos ladrones de ganado que operaban por aquel sector. La autoridad dispuso los servicios necesarios que han dado como resultado la detención de cinco individuos que se dedicaban a sustraer todos los años el ganado de los rebaños».

Justamente leída esta información, me vino a la memoria la gran obra folklórica de nuestro compatriota don Salvador Vilarrasa Vall, titulada «La vida dels pastors», y en la que se reseña, de manera especial, ese folklore montañés que es la vida del pastor entre sus ganados y sus montañas; sus costumbres y vestimentas; su léxico y psicología, vida tan interesante como poco conocida para quienes residen en las ciudades y que el capricho de hoy, les lleva hasta nosotros en su «week end» como un rebaño humano.

Precisamente sobre la vida de nuestros pastores pirenaicos, el señor Tomás Raguer (que escribió el prólogo al libro, pero que sin tener parte en la redacción de la obra, estaba perfectamente bien compenetrado con ella), escribía: **«per molts, un pastor és un ignorant que guarda un escamot de bestiar per ésser incapaç de fer altra feina. No tenen cap idea dels típics pastors de professió que condueixen i cuiden a muntanya grans ramades de miles d'ovelles; aquests pastors, molts d'ells pujats de rabadans i als quals se'ls hi confia un veritable capital, han d'estar ben imposats del seu ofici, que no és una cosa tan planera com sembla a primera vista.»**

Y ha quedado confirmado que **«als pastors de ramades»**, de siempre les han sido confiados verdaderos capitales semovientes, cuando en nuestros días, hasta ladrones les surgen para apropiarse fácilmente de ganado en la misma montaña. Tanto el señor Vilarrasa, como el señor Tomás, que tantos detalles dieron a conocer de la vida pastoril, sin duda, nunca pudieron pensar que muchos años después, cuando leer su obra, sería edición novedad, estarían bien organizadas bandas para robar el ganado en la misma montaña.

A propósito de la literatura pastoril, tan bien seleccionada por estos ilustres próceres, permitasenos hoy extendernos sobre el tema tan simpático de la trashumación ganadera que transitaba por aquellos **«camins ramaders»** desaparecidos ya y que alegraban a su paso villas y pueblos **«amb trincar d'esquelles»**, y en los que en el libro no se extiende demasiado, pero que tan importantes resultan como el lector comprobará.

El encanto de estos caminos rebañegos, de las rutas milenarias de los ganados trashumantes, es hoy encanto fugitivo. Es otra evocación romántica más en la vida pastoril, de las leyendas montañosas, del relativo nomadismo de pastores y rebaños en su paso de unas tierras heladas a otras tierras cálidas para el cambio de pastos, estaciones temporales y climas y sobre todo para las transacciones de ferias y mercados que se situaban a su paso.

Evoquemos a la Cerdaña, el Ripollés, el Berguedá, la Garrotxa y Osona, como comarcas marcadas con una red de importantes rutas ganaderas que hasta hace poco han tenido una gran importancia para el Principado, lo mismo bajo el aspecto del tipismo, que tan bien pinta el señor Vilarrasa Vall, como desde el punto de vista de la economía y geografía humana.

Empieza a parecer ya cosa de leyenda, pero es algo importante que aún no ha muerto. Evocación de las viejas historias y consejos populares... de **«hostals»** y de **«lladres de camí ral»**... de **«marrans i borregues»**... de **«gossos d'atura i ramaders»**... de **«temporals de trons, llampecs, pedra i aigua»**... de **«baralles de marrans»**... de **«pastors nuriencs amb capeta de pell d'issard»**... de **«la xaiada i el salt del moltó»**... y hasta del canto de la fada de la gran montaña que, enamorada del pastor, cantaba lánguidamente, con

sonata de ecos que se repetían de una a otra cresta: **«Jo i el pastor, viviem d'amorettes. Jo i el pastor, viviem per l'amor. Gloriós Sant Ferriol. Ballarem sí Déu ho vol...»**

Trazar un bosquejo histórico-geográfico de los viejos **«camins ramaders»**, es una tarea árdua y difícil, por falta de documentos. Es preciso exprimir lo que han contado esos hombres curtidos que habían recorrido tantas veces en una y otra dirección, las vías palmo a palmo y que dejaron historia de los mejores años de su vida por etapas alternas entre pastores montañoses y de la tierra baja. Con transiciones épicas de los pasos del helado Pirineo a las comarcas de la templada llanura y viceversa.

La voz de estos pastores que vienen de la alta montaña, allá por las diadas de **«la replega de Sant Miquel de Setembre»**, nos han dicho que: **«El temps de pujar les ovelles a muntanya, és pels volts de Sant Pere i el de baixar-ne, a mig setembre.»**

Los rebaños de ganado lanar que bajan al llano en esta fecha, después de haber bien comido una fresca, fuerte y rica hierba por espacio de dos meses veraniegos largos, proceden generalmente, de las gigantescas **«jaces»** y apriscos del Pirineo oriental, donde han pasado su verano o por donde pasan antes de su emigración temporal: o sea, Rus, Pla d'Anyella, Comabella, Clots de Maians, Pardinella, Valls de Núria y las altas planicies Cerdanenses...

De allí y siguiendo sus caminos bautizados, emprendían una segunda y lenta marcha hacia Gombreny o Ribas, Campdevánol, Ripoll, Montesquiú, por los alrededores de Alpens, al **«Collet de Sant Agustí»** y a **«l'Hostal del Vilar»**, donde a mediados de octubre se celebra una de las ferias ganaderas más antiguas y famosas de Cataluña. **«De tots indrets, però sobretot de la carretera de Sant Quirze a Alpens, es veuen file-res de bestiar boví; eugues; mules; cabres; porcs; burros o escamots d'ovelles, xais i moltons que s'encaminen a la fira.»**

En esta lenta marcha penetran en la Plana de Vich, donde queda dibujada ya la red de la tradicional trashumación. **«Cada ramada marxa amb el seu pastor al davant, tot xiulant suaument i fent un — rrec — especial com qui rosega un crostó de pa sec. Es la senyal de voler donar pa als manyacs i moltons, els quals en sentir que el pastor els aclama, hi van corrent, pel pa, i les ovelles van seguint als moltons; el rabadá es posa darrera el ramat vigilant no es perdi cap ovella i el gos d'atura les empaita llandrant i corrent d'ací d'allà. I així les van dirigint vers el camí ramader.»**

Ya en el llano de Ausona, sigue una arteria importante por las sierras de San Hipólito de Voltregà y San Bartolomé del Grau, apartándose siempre de la vecindad inmediata del río, para evitar que se moje el ganado. Además, las rutas ganaderas se apartaban siempre también de los caminos normales de tránsito y de transportes.

«Era un espectacle ben interessant al contemplar com aquell exèrcit, a voltes, d'unes



4.000 ovelles, quatre homes i quatre gossos el feien evolucionar i marxar de la manera com volien, amb una facilitat assombrosa».

Las rutas milenarias de trashumación ganadera acaban por desaparecer, al aumentar el número de vías de comunicación y con el adelanto de los grandes y modernos sistemas de transporte, y cuya característica era común a todas las ramadas: **«els ramats podien pasturar a cada costat del camí ramader, fins a certa amplada, perquè tinguessin per a viure anant de camí. Si alguna vegada volien separar-se del camí ramader, per fer dreuera, ho tenien de demanar al propietari per on volien passar».**

Más allá del cinturón montañoso y algo hacia el fondo de la plana de Ausona, bajo las cuevas de San Bartolomé, de San Hipólito y de Santa Cecilia, no demasiado lejos de unas «masies» que llevan los nombres alusivos de **«El Corral del Bou»** y **«La Roca de Corriols»**; hay un amplio y natural refugio de los pastores que, bajando cansados del alto Pirineo con sus rebaños, hacían un merecido descanso, durmiendo «al ras» con sueño leve y reemprender el viaje a la primera luz del alba después.

Descansos en noches serenas de luna llena que, por entre maizales, ilumina las espadañas de blancas y reducidas ermitas que invitan al consolador rezo y que la devoción ha hecho diseminar a las gentes entre arbolados montículos que salpican toda una tierra laboriosa y fecunda

que sincroniza sus facetas para vivir en paz con Dios y los hombres.

«A les vetllades de repós, els pastors juguen a cartes, al burro o a la manilla, també s'entrenen fent soques i culleres. Els que saben cançons o toquen el flabiol, el grai o la samsònia, es delecten desgranant pastorils melodies:

«Vingan sopes, que al hivern
dels pastors son la vianda;
de pa bullit, ja és comprèn,
que'ns enfita ja la tanda;
i encara gràcies: amén».

que escolten altres drets vigilant i recolzats de mans i barba damunt el gaiato».

Sigamos el andar de los pastores. Tres eran los principales caminos que surcaban los altibajos de la plana vicense, contando con ramales o atajos secundarios, los grandes ríos de vida que constituían las carreradas del ganado lanar evacuado de la montaña pirenaica. Dos de ellos, conducían a los invernaderos del Vallés: el central, que se dirigía al Congost; el tangencial a los pueblos del occidente o poniente y el último guiaba a pastores y ovejas hacia los dulces climas del **«Maresme»**, y sobre todo del litoral levantino. Granollers era ya la etapa de irradiación final para los rebaños que invernarían en los llanos del Vallés oriental. La segunda carrerada, seguía hacia los lindes del Llausanès y Pla de Bages, hasta Sabadell, distribuyéndose el ganado que permanecería en los pastos, declives y apriscos del Vallés occidental. El tercer camino era hacia las comarcas litorales — aires de ma-

rina —, el más atractivo por sus panoramas maravillosos. La ruta del «Maresme» que toma dos direcciones: una hacia Blanes, por la poética travesía del Montseny y la otra por Santa Coloma de Farnés hacia el campo Gironés, pero que ambas conducen a la zona costera del bajo Ampurdán, la Selva y Maresme propiamente dicho.

Hay dos corrientes más desde las altas montañas, donde pastores, rabadanes y rebaños tienen cariño familiar unos y pastos de hierba tierna los otros, para llegar a la tibia placidez de la tierra baja. Los rebaños que veraneaban en el corazón de la Cerdaña y en las estribaciones del Cadí — alturas de los frescos prados de hierba tierna y lozana —, bajaban por la Seo de Urgel pasando a tierras templadas, por la orilla derecha del río Llobregat, algo apartados de su cauce. En cuanto a los emigrantes pirenaicos, de las alturas de Camprodon, Setcases, Llanás y Sant Pau de Seguríes, atravesando Vall de Vianya desde donde se domina todo el gran Canigó, van a las tierras bajas de la Garrotxa y a las suaves brisas marinas del Alto Ampurdán.

Hoy todo ese viejo encanto va pasando a la historia. Lo que se gana en rapidez y mecanización, se pierde en belleza y poesía.

No se ha extinguido aún del todo esta forma de vida característica de los valles ganaderos, pueblos que tenían un encanto de patriarcalidad bíblica. La singularidad del clima en las comarcas pirenaicas que, dominadas por alturas que oscilan entre los 2.000 y los 3.000 mts. de altitud, ha creado un paisaje mediterráneo que permite el desenvolvimiento de la ramadería. Nuestras tierras son de vocación pastoril y donde el bosque acaba, empiezan las planicies suaves cubiertas de túpida hierba donde corderos y ovejas, como también ganado caballar y vacadas, encuentran los forrages naturales que facilitan su mantenimiento.

Pero sí que es cierto que aquellos minúsculos y pacíficos ejércitos de pastores del ayer, con sus «majorals», sus rabadanes, sus «samarres i barretines» y sus perros d'atura que valían una fortuna, han disminuido considerablemente — digamos volatilizado — y los pocos que subsisten, hasta han cambiado su carácter tradicional, el embate del vivir moderno, mecanizado según la técnica de los adelantos industriales y económicos. Lo que sí efectivamente y por desgracia ha desaparecido, han sido las grandes celebraciones tradicionales y fiestas familiares que alrededor de los rebaños se conmemoraban, como su retorno al hogar desde las tierras bajas, como la tundida como la concentración para las ferias ganaderas, etc.

La trashumación ha dejado de existir. Hoy localizamos únicamente pequeños rebaños y aún en las masías más importantes dentro la comarca.

Sí esas rutas fueron venas y arterias de dinero, de color y de poesía, porque tenía que ser el pastor un ignorante incapaz de cualquier otra ocupación — según algunos — cuando toda la

gracia y la técnica partía de esos curtidos hombres que dieron su vida entre la natura por cuidar celosamente, dirigir magistralmente, a tantos irracionales que ni siquiera eran suyos. Otros rehabilitaremos la figura del pastor como un símbolo de nuestra tierra, con el canto que de él hizo el maestro Narciso Lluís Boloix:

Com vell tronc, soca arrugada
que ha perdut tot el brancam;
com mal vent que, de brivada,
li hagués pres brots i fullam,
l'avi Jan duu les ovelles
de la cleda fins al prat.
I movent les cames velles,
com esquelles,
cruixen, elles,
com esquelles de ramat.
Vuitanta anys fa, que pastura
les ovelles del casal
bo i seguit del gos d'atura,
sota el crit del majoral.
Vuitanta anys, i encara canta.
Dels deu que, fent de pastor,
a l'espatlla duu la manta.
Just s'aguanta;
als noranta,
just s'aguanta amb un bastó.
Ningú sap qui va llogar-lo
ni quants anys porta en el mas.
Tots allà varen trobar-lo,
i ell a tots ha dut al braç
bo i cantant com una griva.
Més valent no el trobaran.
D'un feix d'anys, conserva altiva
passa viva.
Sempre arriba
passa viva, l'avi Jan.

Quienes hemos seguido las huellas de los pastores, por caminos, por libros y por esta ciencia popular del folklorismo, hemos aprendido perfectamente que no han sido gente tan comunicativa que de buenas a primeras hayan dado cuenta de su vida, problemas y profesión, así de cualquier forma. Su vida, que pasada de pastoreo continuo junto al rebaño, día a día, por las cimas montañosas en verano y por solanas y arboledas el resto del año, apartados del bullicio mundano y del movimiento urbano, viviendo siempre en plena natura, es lógico que tal aislamiento haya tenido gran influencia en su carácter, que resulta más contemplativo que comunicativo.

Es por ello que debemos rendir un justo y merecido gran homenaje para honrar a cuantos, en cien años, han dejado por prados y montañas deslizar suavemente su vida junto al pacer tranquilo de sus ovejas que, con afanes, maestría y paciencia, las han movido al compás del tiempo a distancias importantes sólo con la compañía del rosario y del bastón.

La ilustración gráfica ha sido cedida desinteresadamente por el Rvdo. P. Bosom, Sch. P., autor gráfico de la verdadera antología de la arquitectura románica de la tierra ceretana.